

distingue las tragedias posteriores del poeta de las de su primera época. La antítesis no debe exagerarse. Siempre hubo en él tonificante vena de amargura, sugestión de censura o de sátira, y duda respecto de las cosas establecidas. Hasta en el *Alceste* esa nota está bien clara, en la escena en que su anciano padre denuncia a Admeto; ni falta, en tono más grave, en el *Hipólito*. Pero la impresión de conjunto que producen estas dos obras, cuando se las compara con la *Electra* y con *Las troyanas*, por ejemplo, es, sin duda, de serenidad y estas otras de febril inquietud; de belleza, y estas otras de horror. Y lo mismo ocurrirá cuando se compare cualquiera de sus primeras producciones con cualquiera de sus últimas. En rigor, hay excepciones. Si tomamos *Las troyanas*, del año 415, como marca divisoria de sus dos épocas, hallaremos que la *Hécuba* es, entre las tragedias de la primera, amarguísimo drama, y la *Helena*, entre las de la segunda, brillante y jubiloso aun cuando un poco duro. Ello es natural. Cuando se amontonan las nubes para ennegrecer el cielo tempestuosamente, hay en sus movimientos, por persistentes que sean, algo febril e irregular.

Hasta en *Las suplicantes* hay su nube: Debida, quizás, a los retoques que le hizo a esta tragedia muchos años después de haberla escrito. El heraldo tebano es un personaje antipático del drama, cuyo papel es decir cosas duras, siniestras, para que Teseo lo rebata y confunda. Estos heraldos antipáticos son tipos muy comunes del teatro: Andan a grandes zancadas, llegan con mensajes insultantes, expresan sentimientos «tiránicos», provocan la indignación tumultuosa de los virtuosos ciudadanos, impávidos mantienen su insolencia, retan a quienquiera de la muchedumbre que los rodea a que se atreva a tocar sus sagradas personas, y se van altaneros, pronunciando despreciativas amenazas. Pero este heraldo de Eurípides dice ciertos versos que nadie refuta, y que son, para la situación en que están dichos, demasiado fuertes.

Teseo está listo para su guerra caballeresca. El populacho, ronco de entusiasmo, ha votado su aprobación. El heraldo dice (v 484 ss.):

¡Oh, bueno fuera que por encima de las urnas viera la muchedumbre loca que así grita, el espectro de la guerra maldita, la muerte por que clama! ¡Cuántas veces el vino que ha apurado hasta las heces Grecia—la libación de sangre oscura—pudo haber evitado la cordura!  
¡Gran cielo, pon con manifiesta ciencia entre el Bien y el Mal la diferencia, y de la Paz proclama la excelencia! Las Musas la celebran en sus danzas, y ella va cosechando venturanzas en campos sin temor, haciendo ruido de niños en hogar, y pájaros en nido! Como agua clara es ella, y son sus dones maíz y aceite, y flores, e ilusiones: Y somos tan insulsos y canallas que por el relinchar de las batallas y por la vanidad de la victoria y la vileza de guerrera gloria, abandonamos nuestro bien y vamos tras de la Guerra, y todo destrozamos, ciudades, hombres, niños...

Si es cierto, pues, que Eurípides reescribió *Las suplicantes*, ese discurso debe de haber sido añadido entonces. Atenas tenía ya diez años de guerra cuando por primera vez se declamaron en público esos versos.

Acudamos de nuevo a los historiadores para ver cómo se habían ido amontonando las nubes sobre Atenas.

El primer pasaje que tomaremos, por ser el más obvio, será de aquel curioso capítulo en el que Herodoto, ya cercano a su fin, resume su juicio acerca de la guerra contra los persas, en la que indiscutiblemente le correspondió a Atenas el principal papel. Dice el historiador (vii. 139): «Aquí me veo obligado por necesidad a expresar una opinión que ofenderá a la mayoría de los hombres. Pero no puedo refrenarme de expresarla de la manera que me parece ajustarse a la verdad... Los atenienses en las guerras pérsicas fueron los salvadores de la Hélada.» ¡Era preciso, en la época cuando esas palabras se escribían, pedir excusas si se deseaba decir algo en elogio de Atenas!

La Liga Ateniense, ese gran instrumento de libertad, se había convertido en Imperio o Arqué. Varios aliados habían intentado separarse y fracasaron:

Conquistóseles y se les hizo súbditos. La mayor parte de Grecia pupulaba con resentimientos tímidos contra la que llamaban «Ciudad Tirana». Y al iniciarse la guerra del Peloponeso, Atenas misma había dejado de protestar contra el apodo. Causa extrañeza recordar palabras como, por ejemplo, las que emplearon los espartanos en 479, cuando falsamente se rumoraba que Atenas tenía el proyecto de hacer las paces con Persia (*Hdto. viii. 142*): «Es intolerable imaginarse que Atenas sea parte a la subyugación de cualquiera Estado griego; desde los tiempos más remotos se os ha llamado Libertadores de Muchos Hombres.» Causa extrañeza comparar estas palabras con las que se le atribuyen a Pericles como dichas en el 430 (*Tuc. ii. 63*): (1).

«No os imaginéis que lucháis por motivo sencillo: La subyugación o independencia de ciertas ciudades. Tenéis un Imperio en peligro de perderlo, y un riesgo que correr de parte de aquellos que os han cobrado odio por causa del régimen imperial que les habéis impuesto. Y es imposible que abandonéis el poder que ejercéis, sabedlo, ¡oh espíritus timoratos e inactivos que aún a costa de semejante precio pedís que se obre de conformidad con la justicia absoluta! Porque vuestro Imperio se ha convertido en Despotismo (*Tyrannis*), cosa que en opinión de la humanidad es injusto lograr, pero que, sea como fuere, no se puede dejar sin riesgo. Los hombres de quienes hablaba, si hallan quienes los sigan, pronto arruinarían la Ciudad. Si se van y fundan Estado propio, ¡pronto lo arruinarían también!»

Estaría fuera de lugar aquí valorar esta política de Pericles, discutir hasta qué punto los acontecimientos la hicieron inevitable, o cuándo se dió el primer paso falso. Lo que nos preocupa por el momento es observar el extraordinario cambio de tono. Resalta más fuertemente en un discurso pronunciado por Cleón, el sucesor de Pericles, en el debate sobre el castigo de la rebelde Mitilene,— debate por demás notable por ser el último en el que el partido de la clemencia salió triunfante (*Tuc. iii. 37*):—

«He dicho muchas veces que una Democracia no puede gobernar un Imperio; y nunca es ello más claro de entender que ahora, cuando veo a muchos de vosotros arrepentidos de la sentencia que a los de Mitilene impusistéis. Como vivís sin temor ni sospecha entre vosotros mismos, tratáis con vuestros aliados sin desconfianza; y no os dáis cuenta de que, cuando les hacéis alguna concesión movidos por piedad, o cuando sus informes especiosos os malgüían hacia el mismo fin, sois culpables de debilidad peligrosa para vosotros, y no recibís de ellos gratitud ninguna. Recordad que vuestro Imperio es un Despotismo ejercido sobre súbditos involuntarios que se mantienen conspirando contra vosotros. No os obedecen en cambio de ninguna bondad

(1) Tan posteriormente como el 408 estos discursos fueron revisados, y probablemente tomaron colorido de las experiencias subsecuentes. Pero este punto particular es algo sobre lo cual se puede dar fe absoluta a Tucídides. Sin causa, no atribuiría los sentimientos de Cleón a su héroe Pericles.—G.M.

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

### CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

### FABRICA:

#### REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

#### SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSÉ — COSTA RICA**